

# En Casa del tiempo, principios de los ochenta

Alberto Vital

UNO LE DA VUELTA A UNA PÁGINA, y ya pasaron treinta años. Queda la intermitente sensación de que en cualquier momento se puede regresar a Medellín 28, colonia Roma, año de 1980, 1981, 1982, 1983, para seguir discutiendo sobre tal o cual prosa, tal o cual acento, tal o cual ideología.

Éramos una especie de tres mosqueteros, es decir, cuatro: José Martínez Torres, el primero en llegar; Fernando Solana Olivares, ya con experiencias sindicales y múltiples lecturas; Blanca Luz Pulido, atildada, minuciosa, y Alberto Vital. De un modo u otro, creíamos en la inminente transformación de las estructuras sociales y políticas. Éramos contestatarios y, de vez en cuando, antiautoritarios. El humor fue una de nuestras contraseñas, de nuestras claves de acceso.

Estoy hablando de la época en que las planas de la revista para correcciones venían en cartones blancos cubiertos por una camisa de papel delgadísimo, donde se tenían que colocar las marcas editoriales: el *deleatur* como una “y” con cabeza grande y sin panza, el signo para marcar el famoso pastel o empastelamiento, el par de escalones que pedían un punto y aparte. Las correcciones eran cuadritos de cartón y se pegaban con resistol sobre la letra o sílaba errónea; si al final aparecía una errata, siempre era posible argumentar que el cartoncito con la corrección se había despegado camino a la imprenta. Las máquinas eléctricas con margaritas intercambiables eran la novedad tecnológica, y otra Margarita, secretaria, sólo reaccionaba si la llamábamos Mago, Maguito, Maguito preciosa. Debatíamos sobre si el nombre *Casa del tiempo* debería ir sólo “con bajas”, como una mínima muestra de rebeldía. Allí cada uno decidió si prefería el tipo o

familia Baskerville (muy de revista) o Garamond (muy de libro) o Times New Roman (muy de periódico) y opinaba sobre la mejor combinación de la letra con el papel cultural o el *couché*.

Alguno de nosotros se atrevió a repararle la plana a uno de los escritores del momento y luego tuvo que rehacer lo “deshecho”. Entre los momentos memorables de aquellos primeros volúmenes está el número 11, dedicado a los ex becarios del Centro Mexicano de Escritores, con reproducción de la primera plana de *Pedro Páramo* sobre la base del ejemplar, copia al carbón, entregado por Juan Rulfo al Centro hacia julio de 1954. El 11 de *Casa del tiempo* incluye fotos de Carlos Fuentes, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime Sabines, Salvador Elizondo, así como otros facsímiles.

Por las calles de la colonia Roma todo era personaje, incluidos nosotros mismos. Había un acomodador de coches que no sabía manejar, así que le dejábamos las llaves para que él abriera el switch y empujara el infaltable vochito. Había toda suerte de asiduos al café de al lado, en plena esquina de Medellín y Puebla: café y hamburguesería como refugio de “frikis” y de jóvenes poetas ambiciosos, críticos, irreverentes.

Algo o mucho aprendimos, más o menos sin darnos cuenta, de nuestros maestros y jefes, Carlos Montemayor y Manuel Núñez Nava. Carlos era ya una presencia en la vida literaria. Manuel organizaba fiestas en su casa de Fuentes Brotantes, donde podíamos ver a veteranos como Ignacio López Tarso y a bisoños

como Alejandro Camacho, a dramaturgos como Juan Tovar y a actrices y pintores como Rosina Larrañaga. A Carlos le gustó que invirtiéramos la sentencia de José Emilio Pacheco sobre Carlos Pellicer (“El más joven de nuestros clásicos”) y lo denomináramos “El más clásico de nuestros jóvenes”. De él alguno de nosotros aprendió un tono, una cadencia, un par de temas; su poema “Citerea” era de evocación constante y agradecida. De Manuel otros de nosotros aprendieron la minuciosidad editorial, la corrección de textos; su *Morralla* y su “Martes de Carnaval” eran también motivo de celebración.

Ahora podemos presumir que frente al escritorio del “señor secretario” de la revista *Casa del tiempo* y de las colecciones Molinos de Viento y Cultura Universitaria pasaron autores como Jean-Marie Le Clézio y Jean Meyer. De aquellos años datan conversaciones, ya irrecuperables, ya irrepetibles, con otros seres extraordinarios, como José Amezcua, Rodrigo González y el ingeniero García Castañón, representante de la imprenta.

Pepe Amezcua y su charla eran el mejor viaje al Renacimiento, a la Nueva España. Rodrigo no era otro que Rockdrigo, tamaulipeco genial, capitalino por derecho propio; su discreta llegada a Medellín con guitarra y lentes de cristal verde (uno de ellos partido por el centro) era garantía de una hora de perspicacia, de nobleza, de pura y simple simpatía; su muerte en el terremoto del 19 de septiembre de 1985 convierte esta



Alberto Vital y Fernando Solana O.

fecha en el fin de una etapa para muchos de nosotros, así como fue el fin de toda una era para México. El ingeniero García Castañón compartía la pasión por James Joyce y por los exquisitos riñones al jerez cada 16 de junio; tuvo la generosidad de compartir con los cuatro aspirantes a figuras en el campo literario el plan de una editorial, Gatopardo, cuyo nombre era un homenaje al luminoso Lampedusa y era un síntoma inconsciente de lo que más temíamos: que todo cambiara para que todo siguiera igual. Entre nuestros planes estuvo pedirle a José Emilio que nos permitiera hacer una selección de sus siempre leídos “Inventarios”. Éramos, ¿para qué negarlo?, ambiciosos: nunca descartamos del todo el proyecto de arrendar la flota inglesa para subarrendársela a alguna de nuestras secretarías de Estado, quizá la de Asentamientos Humanos y Obras Públicas.

Una imagen de 1981 nos muestra a mí y a Fernando jugando ajedrez en una banca del centro de Morelia. Es agosto. La foto es de Blanca Luz. Alrededor, fuera de cuadro, se mueven élites de la poesía mundial, convocadas por Homero Aridjis y Cuauhtémoc Cárdenas. En esos días nos es posible ver y oír a Günter Grass, a Cintio Vitier, a Seamus Heaney y, de pronto, a última hora, antes de la clausura, a Jorge Luis Borges. En el escenario se han colocado diez o doce poetas en hemiciclo para enmarcar la dicción de Borges. Aquellos minutos son, a mi juicio, la cúspide de tres años de aprendizaje, de crisis y de crítica. La certeza de los “límites”, la certeza de ver por primera y última vez a un gran poeta, a un puño de grandes poetas bajo el sol verde y oro de una elegante y tranquila Morelia, es una sensación que en parte viví entonces y en parte vivo ahora, al recuperarla. Pocos meses después la debacle económica impidió que se realizara el prometido segundo encuentro de poetas. Entre 1981 y 1982, mientras nosotros le pasábamos a Natalia Rojas, nuestra diseñadora, los cartones con las correcciones, el viejo México se partía en dos delante de todos, y la esperanza de cambiar el mundo se transformaba en el principio de una edad de resistencia que aún hoy, treinta años después, ni termina ni da, todavía, sus frutos definitivos. ▲▲

